BASÍLICA NUESTRA SEÑORA DE LA ALTAGRACIA DE HIGÜEY

Por Francisco Guerrero Castro

De la obra "Origen, Desarrollo e Identidad de Salvaleón de Higüey" de Francisco Guerrero Castro. ISBN 978 9945 469 46 2.

Dice Fray Cipriano de Utrera en su Historia del Episcopado Dominicano:

"*Ricardo Pittini es el obispo número 49, salesiano, sus bulas son del 11 de octubre del 1935. Al cumplirse los 20 años de su consagración episcopal, esto es, en el 1955, la Iglesia dominicana ha sido puesta ya en estado de esplendor, como nunca, ni aún durante la dominación española había llegado a estar, todo ello debido al genio político y católico del insigne magistrado Generalísimo y Dr. Don Rafael Leónidas Trujillo Molina, a quien sus conciudadanos, en prenda de su visión total de la grandeza de la Patria, han dignificado con los áureos laureles de Benefactor de la Patria y Padre de la Iglesia. Precedida del otorgamiento que Trujillo le hizo de la personalidad jurídica, fundamento sustancial de la sociedad católica como verdadera entidad nacional, todos los demás bienes que al presente atesora pueden enumerarse específicamente como otros tantos beneficios ligados entre sí por la propia mano de aquel varón egregio: multiplicación de instituciones religiosas dedicadas a la enseñanza del pueblo, cuidado de hospitales, clínicas y departamentos universitarios, residencias universitarias para estudiantes de uno y otro sexo, y para el fomento del culto católico; edificación de templos parroquiales en casi todos los pueblos de la República; dirección de planteles de corrección y reeducación de niños y jóvenes delincuentes; nuevo edificio del Seminario Conciliar, establecimiento cabal de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, con Nuncio de S. S. residente en el país; cooperación grado excelentísimo para la construcción del Santuario de Nuestra Señora de La Altagracia en la villa de Higüey*".

El primero que pensó en la construcción de un templo de mayor capacidad para la villa de Higüey fue Manuel Antonio Montás Miranda; cura en Higüey, canónigo de la basílica lauretana en Ancona, Italia, y de la basílica Metropolitana, en Santo Domingo. Adquirió varios solares, alrededor de la iglesia San Dionisio, llegó a nivelar el terreno, pero el templo se construyó en otro lugar, después de su muerte, a iniciativa de Mons. Eliseo Pérez Sánchez.

Con la gran frecuencia de peregrinos a Salvaleón de Higüey surgió la idea de un templo que pudiera acoger digna y cómodamente a las multitudes de creyentes. El promotor de la construcción de la basílica, Nuestra Señora de La Altagracia, fue Mons. Eliseo Pérez Sánchez, quien lanzó la idea, a través de la prensa, el 20 de octubre del año

1943. Sus expresiones fueron: *"Queda, pues, lanzada la idea, la que esperamos que, como buena simiente, caiga en fértil terreno de la ciudad cristiana, mil veces comprobada del pueblo dominicano y que germine pronto y se convierta en prolíficos racimos de realidades".*

Acogida la idea, por la iglesia y el Estado Dominicano, se constituyeron en la *"Junta Nacional Erectora"* y la *"Junta Nacional Colectora",* encargada la primera de la parte técnica administrativa, la segunda de la recaudación de fondos para la obra. En el año 1947 se convocó al desarrollo de un *"concurso de ideas"* para el diseño de la obra cuya construcción se iniciaría siete años después. Participaron cuarenta proyectos provenientes de arquitectos de doce países. Después de minucioso estudio el jurado seleccionó y premió la propuesta que presentaron dos arquitectos franceses: A. Dunoyer de Segonzac y Pierre Dupré, con oficinas en Marsella. Es así como se da inicio formal al proyecto de construcción de esta imponente estructura en honor a la Virgen de La Altagracia. La venerada imagen de la madre de Dios estuvo, desde 1514, en una ermita de tabla y madera hasta que se terminó de construir, en 1572, el santuario San Dionisio. El 21 de enero de 1971 se llevó a cabo la inauguración de la basílica y el traslado de la imagen de la Virgen hacia esta. La consagración religiosa se efectuaría poco más de un año más tarde, el 15 de agosto de 1972, siendo obispo Mons. Juan Félix Pepén Solimán.

Baudilio Garrido, en el año 1953, donó 37,500 metros2 de terreno para la construcción de la basílica. La primera piedra para la construcción de la basílica fue colocada y bendecida por el arzobispo coadjutor de Santo Domingo, más tarde arzobispo y cardenal, Octavio Antonio Beras Rojas, el 5 de octubre de 1954; tocándole a Mons. Pérez Sánchez dar el primer picazo. El proceso de construcción duró 17 años; 1954-1971. Manuel Emilio Maríñez, actuando como notario público, dio lectura al acta en que constó "la bendición y colocación de la primera piedra de la nueva y nacional Basílica". Ese día el retablo de la Virgen fue trasladado en procesión desde el antiguo templo de San Dionisio al lugar escogido.

Su estructura fue planificada teniendo en cuenta que la región se halla expuesta a catástrofes naturales como ciclones y terremotos. Su planta es de cruz latina con brazos de 50 y 100 m. de largo, respectivamente, recubierta por una sucesión de bóvedas a diferentes alturas para dar movimiento al conjunto. Sobre ellas un arco se eleva como una saeta al cielo. El conjunto se complementa con un "campanilleé", de 43 campanas, techadas por hormigón por consejo del ingeniero Lafaille, al objeto de resistir los embates sísmicos. El templo está edificado sobre un área de 4,680 mts2. Es de estilo moderno y

líneas audaces dignas de observación y estudio dentro de la arquitectura de este siglo. El arco principal del templo, arco señal, se eleva a 80 metros y a distancia parece el contorno de una gran imagen de la Virgen María. El interior consta de una nave principal y crucero cubiertos por un conjunto de bóvedas escalonadas, majestuosamente. El presbiterio y altar están adentrados, hacia el centro del crucero, lo que resulta muy acorde con la liturgia que supone la participación de la comunidad eclesial. Las capillas de las naves laterales, frente al presbiterio, están destinadas a celebraciones litúrgicas con menor asistencia de fieles. Detrás del presbiterio se encuentra *"el camarín de la Virgen"* donde se expone la imagen y, más atrás, la capilla para la reserva del Santísimo Sacramento. El cuadro de la Virgen se expone al homenaje y veneración de los fieles en un retablo nuevo labrado en caoba del país; una artística obra del escultor Antonio Prats Ventós.

La belleza arquitectónica del templo está realzada por modernos vitrales confeccionados en Francia y por dos grandes pinturas del muralista José Vela Zanetti. La conforman dos murales de 30 m de alto en los que, según palabras del autor, tenía que plasmar toda la iconografía de la Patrona de los dominicanos. El artista, que llegó a realizar en la isla más de un kilómetro cuadrado de murales, recibe los temas a tratar de manos del arzobispo de Santo Domingo y ejecuta un gran número de bocetos, algunos de los cuales, a pesar de haberlos mandado a quemar, aún se conservan en colecciones particulares para estudiar el ritmo de la composición, su coloración y las técnicas a emplear. Durante esta primera fase marcha dos veces a Francia para intercambiar ideas con los arquitectos encargados de la obra hasta llegar a un mutuo acuerdo. Tras ello plasma, de manera definitiva, sus bocetos aprobados, previamente, dando lugar a una obra espontánea, sencilla y fácil de comprender por el espectador.

En el primer mural altagraciano el naranjo sirve de marco para la aparición de la Virgen. En su tronco tres ángeles la besan en éxtasis; junto a Ella las tres virtudes teologales: Fe, Caridad y Esperanza y los apóstoles Lucas y Santiago el Mayor. Una gran masa humana con diferentes expresiones alza la vista a la imagen sagrada. También se hace alusión a la historia del templo representándose el viejo santuario cuyo plano es sostenido por el antepasado de Simón de Bolívar. Arrodillados los hermanos Trejo primeros españoles que habitaron aquellas tierras. Abajo unos marineros, de la misma nacionalidad, cantan la primera salve de América, mientras que en la parte final se exalta el origen de la Fiesta Nacional y en el extremo derecho se representa la coronación en el Baluarte en 1922. En el segundo mural se respira una atmósfera de serenidad y asombro siguiendo las apariciones milagrosas del cristianismo. La humilde Virgen se halla en el

centro, representándose como Reina de los Cielos, rodeada de ángeles y protegida por el Hijo de Dios y los apóstoles. A la izquierda vemos la Asunción de la Virgen y a la derecha se la representa como corredentora del género humano. Las figuras que la contemplan presentan una mirada de dolor solidario para dar un mayor patetismo a la escena.

Bajo los arcos, sus vidrieras de color coral, a prueba de ciclones, son de aspecto rugoso, concebido para darles un tono mate. Se fabricaron con entramado de madera de guayacán y capá presentando letras en cerámica dorada con inscripciones de letanías y plegarias. La vidriera que cierra el ábside y que sirve de fondo para el Retablo de la Virgen, situado en el Altar Mayor, presenta tonos naranjas evocando el naranjo en donde según la tradición apareció el cuadro de la Virgen.

El templo tiene capacidad para 3,000 personas y en su exterior hay amplias galerías cubiertas por paraboloides que pueden proteger del sol y de la lluvia a los peregrinos. El conjunto del templo, atrio, pórtico, sacristía, casa rectoral, patio, parqueo y jardines abarca un área de 40,000 mts2.

Un moderno carillón, fabricado en Francia, fue instalado para convocar a los fieles por diligencias del arzobispo obispo de La Altagracia Hugo Eduardo Polanco Brito en 1977.

Por la importancia del templo y por su valor artístico religioso el Gobierno Nacional, por Ley No. 32, del 12 de octubre de 1970, lo declaró *"Monumento Nacional"*. El Papa Pablo VI le concedió el título de *"Basílica Menor",* por Breve Pontificio, el 17 de diciembre del mismo año.

El traslado de la imagen, desde el santuario San Dionisio a la basílica, se produjo cuatro días antes de la inauguración, un 17 de enero del 1971. La inauguración formal del templo se realizó, el 21 de enero del año 1971, con asistencia del Gobierno Nacional en pleno, de todos los obispos del país, numerosos prelados, sacerdotes e invitados de diversos países. Presidió la ceremonia el legado de S.S. Pablo VI, el Cardenal José Humberto Quintero, arzobispo de Caracas, Venezuela. La actividad contó con la asistencia del Dr. Joaquín Balaguer, presidente de la República. Asistieron a la ceremonia el cardenal de México, arzobispo Miguel Darío Miranda; el obispo auxiliar de Caracas, Mons. Ramón Lizardo; el obispo de los Teques, Venezuela, Juan José Bernal Ortiz; el obispo auxiliar de San Juan de Puerto Rico, Juan de Dios López; el obispo de Caguas, Puerto Rico, Rafael Grovas; el obispo de Montego Bay, Edgerton Roland Clarke; el obispo de Los Cayos, Haití, Juan Claudio Angenor; y el vicario general de Trinidad y Tobago, Fred Patience.

La diócesis de Nuestra Señora de La Altagracia estuvo representada por su obispo Mons. Juan Félix Pepén Solimán, su clero, comunidades de religiosos y miles de fieles de las diversas parroquias que ese día se dieron cita en el nuevo santuario. En particular, la basílica de Higüey es un templo monumental que representa mucho para el pueblo dominicano que lo ofreció como un regalo especial a la Virgen María bajo la advocación de La Altagracia.

El pueblo llano desconoce los apuntes históricos de André J. Dunoyer de Segonzac, arquitecto, diseñador y constructor de la basílica Nuestra Señora de La Altagracia. El escrito fue publicación limitada de Amigo del Hogar, en noviembre del año 2000, como contribución de Alejandro E. Grullón E. y Manuel A. Grullón para enaltecer los valores espirituales y culturales del pueblo dominicano.

El lector pondrá suma atención en la descripción que hace A. J. Dunoyer de Segonzac, sobre las características antropológicas urbanas y sociales, remontadas al 1952, que fueron las mismas que persistieron hasta el 1985, aproximadamente, cuando comienza una expansión lenta de la ciudad, pero sostenida, influenciada por el crecimiento de la actividad turística en la costa. Esta descripción de Segonzac y la que hace Mons. Pepén en su obra, *“Un Garabato de Dios”,* nos describen cómo era nuestra *“ciudad rural”* y sus gentes en el s. XX.